

Reflexión y crítica

Individuo, estado y nación. La articulación actual entre liberalismo y nacionalismo

Ángel Castiñeira

Se propone una teoría según la cual es posible defender una política de reconocimiento que proteja la integridad del individuo *en los contextos de la vida en los cuales se forma su identidad*. Es decir, para garantizar todos los derechos fundamentales de las personas, los estados han de garantizar también la supervivencia y el progreso de aquella nación o cultura que ha otorgado y otorga identidad a los individuos. Individuo, estado y nación no tienen por qué ser incompatibles.

I

Basta realizar una ojeada a los clásicos del pensamiento liberal, desde Herbert Spencer hasta Frederick von Hayek, para darse cuenta que la tensión entre individuo y estado es una constante en la historia de la modernidad. Cuando se hace una defensa encarnizada de la individualidad, de la autorrealización individual, de su libre iniciativa, de la autoafirmación del sujeto o de la inviolabilidad de su intimidad es fácil ir a desembocar en alguna forma de *individualismo*.

Igualmente, cuando insistimos en la importancia de la integración social, cuando desarrollamos cualquier justificación de la vida comunitaria o colectiva, alabamos las bondades de la intervención estatal o subrayamos la importancia de los vínculos sociales para el desarrollo de la vida pública es fácil desembocar en alguna acepción del colectivismo y, más modernamente, en una apología del *estatalismo*. En resumidas cuentas, las tensiones entre individuo y estado, privado y público o privatización o colectividad a las cuales nos hemos referido son, en realidad, polarizaciones hacia alguno de los dos «ismos» mencionados.

Las polarizaciones, como las caricaturas, a menudo tienen un defecto: el de acentuar simplemente uno de los rasgos característicos de la naturaleza de un objeto, tanto si se trata de un rasgo positivo como negativo. En la historia del individualismo es fácil llegar a esta constatación. Lo mismo pasa si

repasamos la historia del estatalismo. Ambos, son como el anverso y reverso de una misma moneda. Podemos empezar por la versión idílica del individualismo. Jacob Burckhardt exalta «el impulso hacia el máximo desarrollo individual» del artista «Chicago-boys» en el marco económico, y todos los científicos apuntados al individualismo metodológico por lo que hace referencia al marco epistemológico, son determinantes en esta reanimación neoindividualista de la década de los 80. Después de una larga etapa «socializante», los años ochenta nos han aportado lo que se ha definido como «nuevas vías de emancipación individual». Vías, sin duda, inseparables de fenómenos tan importantes hoy como la educación generalizada, la especialización de la fuerza del trabajo, el aumento del consumo, la democratización, la extensión de la vías de comunicación, el aumento del nivel de vida, el impacto de las nuevas tecnologías, etc. y que ha precipitado la reclamación y el reconocimiento de los nuevos derechos y las nuevas libertades. Las pertenencias, las dependencias, incluso las sumisiones se han debilitado. La pluralidad de opciones de vida, la diversidad de concepciones del bien imperantes son una prueba fehaciente de cómo hemos eliminado muchos de aquellos vínculos sociales que obstaculizaban o amenazaban la autonomía de los individuos. La característica de los 80, en definitiva, ha sido el predominio de una ética de la realización individual (ambiciones profesionales + cultivo de la esfera privada) que alguien ha llegado a definir como «la cultura del yo». Cultura que abarcaría cinco puntos: autodesarrollo, autenticidad, seguridad, intensidad y libertad (entendida como una capacidad de elección) y que promocionaría la desatención de los asuntos públicos.

II

El recorrido, como ya hemos dicho, es inverso cuando nos fijamos en el papel desarrollado por la comunidad política en sus diferentes formas históricas, hasta desembocar en la figura moderna del estado y en sus diversos modelos evolutivos. También hay, desde los tiempos de la *polis* hasta el momento actual, etapas de fluctuación relacionado con la defensa o la crítica de la esfera pública. La unidad entre los seres humanos a partir de una relación ordenada por una totalidad exclusiva de gobernantes y gobernados es la expresión típica del Estado. El Estado es el artefacto a través del cual ordenamos a la comunidad política de la cual formamos parte y la distinguimos de otras posibles comunidades (religiosas, culturales, familiares). Todas estas «otras» comunidades forman en realidad el tejido (cañamazo) social de redes relacionales y de intercambios que los individuos utilizamos para la satisfacción de nuestras necesidades particulares. A este tejido social, diferente del tejido político, tradicionalmente lo hemos llamado *sociedad civil*. Cuando el acento estatal es muy marcado hay la tendencia a absorber los poderes de la sociedad civil y de los individuos dentro de un todo. De esta

forma hablamos de *totalitarismo* o *colectivismo*. Mussolini, en el año 1929, así lo expresa en su libro *El fascismo*. «Si el siglo XIX ha sido el siglo del individuo (liberalismo significa individualismo) podemos pensar que el siglo actual es el siglo colectivo».

La tendencia inversa, en cambio, —defendida por los partidarios del individualismo o liberalismo radicales— acaba por reducir la esfera del Estado a su estadio mínimo. De hecho, la historia de este moderno cuerpo político que es el Estado es una historia de constantes reabsorciones de poderes. Uno de los mejores estudiosos del Estado, el malogrado Manuel García-Pelayo, llegará a definir el Estado como el gran expropiador, como el mayor expropiador de la historia. En efecto, el Estado expolia los derechos mayestáticos del Imperio, expropia las inmunidades, los privilegios y las potestades de los señores y las corporaciones, asume el monopolio de la violencia legítima y expropia las viejas órdenes jurídicas de grupos sociales y entidades territoriales. Más aún en contra de las apariencias, el Estado liberal acentúa este proceso expropiador haciendo suyas las funciones ejercidas por entidades eclesiales o laicas, como el registro civil, la beneficencia, la enseñanza, etc. Finalmente el estado socialista se adueña de los principales medios de producción y de cambio.

Si a *grosso modo* el siglo XIX «aún» puede considerarse un siglo liberal, no hay duda que las tres primeras cuartas partes del siglo XX acentúan la vertiente estatalista. Las guerras mundiales, los nacionalismos de Estado, las ideologías socializantes tanto de grupos de izquierda como de conservadores y católicos, las incertezas económicas que desembocarán en el «crack» del 29 son todo factores que favorecen el crecimiento, la capacidad y la intervención de los estados y la extensión entre la ciudadanía de una matriz narrativa que, acabó por legitimar estas atribuciones nuevas del Estado.

El estatalismo acuñó (a veces por la fuerza) una identidad nacional, estableció una comunidad de ciudadanos (de esta manera hablamos Estado de Derecho), protagonizó los procesos de modernización y crecimiento económicos. Esta tendencia estatalista parece transformarse, asimismo, como ya hemos dicho, a mediados de los 70 ya sea por causas intrínsecas a la evolución de los estados ya sea por causas extrínsecas. De esta manera Víctor Pérez Díaz, recurriendo a factores nuevos como la oleada de instauración de democracias liberales en todo el mundo, la experimentación institucional con mercados abiertos y asociaciones voluntarias, o la misma crisis del Estado del Bienestar, acabará por anunciar (a pesar de cierto retraso si lo comparamos con los análisis realizados desde Cataluña en la misma época) *el retorno la reemergencia de la sociedad civil*. Es decir, la oscilación hacia el polo individualizante al que nos hemos referido ya anteriormente.

III

Este giro en el predominio de los polos descritos ha provocado, como

era de esperar, cambios notables en las corrientes ideológicas y en los movimientos políticos. Así, la rehabilitación del pensamiento político de la dos últimas décadas ha coincidido casi con lo que se ha denominado el resurgir del liberalismo y la decadencia del pensamiento radical marxista. Y una buena parte de las familias socialistas —a veces por instinto de supervivencia, a veces por convicción— han llegado a afirmar que hoy en día la matriz del liberalismo y del socialismo es idéntica. Esta «identificación» de la matriz ideológica no implicaría, en la mayoría de casos, el reconocimiento de una derrota, sino más bien la aproximación que estas dos corrientes han debido hacer en el recorrido antes mencionado. El socialismo reconocería que buena parte de su matriz ética es liberal porque hace suyos valores como la libertad del individuo. Pero al mismo tiempo insistiría en recordar que también el liberalismo ha asumido valores colectivos capitalizados a través del Estado, dado que la gran tarea del siglo XX ha consistido precisamente en conciliar libertad individual e igualdad en el marco de alguna concepción coherente de la justicia. Otros, en cambio, como Norberto Bobbio, irán más allá y propondrán que hoy en día el socialismo se ha de presentar como un individualismo. Queda por ver aún como —desde el punto de vista filosófico pero también desde el punto de vista cívico— será posible hacer el paso de un individualismo competitivo e insolidario (como el que tradicionalmente ha criticado el socialismo) a un individualismo cooperativo y solidario.

Los quebraderos de cabeza, asimismo, afectan no solamente a las corrientes socialistas, sino también inevitablemente a aquellos movimientos y partidos que por su compromiso nacional y por sus raíces personalistas no concuerdan con la de tendencia individualista. Este puede ser el caso de muchos partidos nacionalistas que, ideológicamente se definen personalistas y comunitaristas. «El individualismo —decía Mounier— es una decadencia del individuo antes que un aislamiento del individuo: ha aislado a los hombres en la medida en que los ha envilecido (...) Disociando interiormente al hombre de sus vínculos espirituales y de sus alimentos materiales el individualismo liberal ha dislocado de rebote las comunidades materiales». Esta queja de Mounier conecta perfectamente con la insatisfacción actual que varios colectivos comunitaristas manifiestan ante la incapacidad liberal de moldear la identidad moral de los individuos y de poder entender fenómenos tan agudos como el de las reclamaciones de los derechos colectivos de las naciones sin estado o del multiculturalismo. El nacionalismo, por naturaleza, ha de armonizar dos frentes diferentes: el de su adscripción ideológica (liberal, conservadora, demócrata cristiana, de izquierdas) y el de la promoción y defensa de una identidad cultural que, forzosamente, ha de incorporar valores colectivos. Desde esta perspectiva, la articulación entre nacionalismo y liberalismo es sin duda la más difícil, pero probablemente también la más rica en potencialidades y la más inexplorada.

Pongamos algún ejemplo. Imaginémonos un liberal radical y un marxista radical. Desde el punto de vista *social*, el liberal radical es tomista. Es decir,

no cree que exista nada parecido a la sociedad sino como máximo una pura suma de átomos individuales. Desde el punto de vista *político*, el liberal radical es individualista. Es decir, defiende la autonomía del sujeto y la inviolabilidad de sus derechos. Veamos lo que pasa con el marxista radical. Desde el punto de vista *social* el marxista radical es «holista», es decir, reconoce que el hombre es social por naturaleza, que la socialidad forma parte inherente y determinante de su personalidad y, por tanto, el individuo no puede ser entendido sin la comunidad que lo moldea. Desde el punto de vista *político*, el marxista radical es colectivista, es decir, da prioridad al bien de la colectividad por encima del bien y el respeto de los derechos individuales. La lucha —y el error— de la mayor parte de los siglos XIX y XX consistirá en creer que estas dos posiciones radicalizadas y enfrentadas eran las únicas posibles. Hoy, en cambio, sabemos que no es así y que, política y filosóficamente, no tiene porque ser así. Miremos de reproducir en una tabla la situación del liberal radical y del marxista radical

Punto de vista político	Punto de vista social	Atomismo	Holismo
	Individualismo	Liberalismo radical	
Colectivismo			Marxismo radical

Siguiendo a Charles Taylor, podemos denominar la posición del liberal radical como la posición del Liberalismo 1. El liberalismo 1 representaría aquella teoría según la cual todos los individuos tienen garantizadas unas libertades individuales iguales en forma de derechos básicos para escoger y actuar. El gráfico, sin embargo, no muestra que las posibles combinaciones entre el punto de vista social y político no quedan agotadas y que, por tanto, es posible imaginar otra posición que sería la del *holista-individualista* y que denominaremos Liberalismo 2. El Liberalismo 2 representaría aquella teoría según la cual es posible defender una política de reconocimiento que proteja la integridad del individuo *en los contextos de la vida en los cuales se forma su identidad*. O dicho con otras palabras, no esperamos sólo garantizar las libertades personales sino que entendemos que para garantizar todos los derechos fundamentales de las personas, los estados han de garantizar también la supervivencia y el progreso de aquella nación o cultura que ha otorgado y otorga identidad a los individuos. Un claro ejemplo, pero no único, lo encontraríamos en la lengua. Las insuficiencias del Liberalismo 1 quedarían reflejadas en aquella situación en la cual el Estado permitiera, por ejemplo, a un catalán expresarse individualmente en su propia lengua pero que no reconociera ni protegiera en toda Cataluña el aprendizaje y el uso normalizado del catalán. Por este motivo representamos el Liberalismo 2 en la figura de un «holista» individualista. En efecto, se puede ser «holista» ya

Ángel Castiñeira

que desde el nacionalismo se reclama democráticamente que los objetivos colectivos y las entidades colectivas —y la lengua forma parte de ello— han de quedar salvaguardados. Pero, al mismo tiempo, se puede ser liberal-individualista porque políticamente se puede querer armonizar «el holismo» con la defensa de las libertades, el bienestar y la seguridad de todos los ciudadanos. Esta vía, pues, está todavía por explotar y anuncia según mi opinión un camino muy rico para resolver en Estados plurinacionales problemas nuevos y muy conflictivos como el del multiculturalismo.

Octubre 1997